

**EL CENTINELA
DEL DESIERTO**

**Francisco Javier
Sánchez Manzano**

**EL CENTINELA
DEL DESIERTO**


ESDR JULIA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, octubre 2019

© Francisco Javier Sánchez Manzano, 2019

© Esdrújula Ediciones, 2019

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Victor Miguel Gallardo Barragán y Andrés Daniel Lévy Lazcano

Ilustración de cubierta: Beatriz del Álamo

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1202-2019

ISBN: 978-84-17680-29-9

Impreso en España · Printed in Spain

Esta es una historia ficticia. Los personajes y hechos descritos pertenecen a la imaginación del autor y sirven únicamente al noble propósito de entretener. Cualquier parecido con la realidad más allá de los nombres de algunos lugares es pura coincidencia. O, en todo caso, la constatación de que, a veces, la realidad supera a la ficción.

A mi hijo. Siempre.
(«Escribe un cuento, papi. Que salga yo»)

«Crear es vivir dos veces».

ALBERT CAMUS

«Qué títeres tan ridículos somos
y qué vulgar es el escenario en el que bailamos».

Diario de John Doe; *Seven*, 1995

«Tienen secretos. Eso es lo que alimenta este infierno».

Shutter Island, 2003

Prólogo (1)

«Es peligroso aquel que no tiene nada que perder»

JOHANN W. GOETHE

El camarero deja en la mesa las dos tazas de café. Es un chico joven que lleva un delantal con el nombre del restaurante bordado en letras finas de color celeste: *Chips*. Y al lado, en una chapa, el suyo: Seb.

—¿Desean un trozo de tarta? —pregunta. Gira la cabeza a izquierda y derecha. El tipo corpulento no contesta. El tipo delgado dice:

—No. Gracias.

—Se la recomiendo. Casera, recién hecha. Deberían...

El tipo delgado le clava tal mirada al camarero que este enmudece y se aleja al instante. A continuación, toma un sobre de azúcar y lee en voz alta el título de la película: *El hombre que mató a Liberty Valance*. Buena peli, piensa. Se acuerda de la flor de cactus.

Sentado frente a él, Mitch McHale sonrío y no dice nada. Lo hace mucho. Reírse y no decir nada. Al final se pone serio.

—No te preocupes, Ray —suelta—. Solo somos mensajeros.

McHale es diez años menor y veinte centímetros más alto que su compañero. Sin embargo, cuando han llegado a la cafetería, nadie se ha fijado en él. Cada día entran allí un montón

de tipos grandotes, mal afeitados y con los vaqueros sucios; en cambio, Ray Kerber, el elegante que camina sin fallar un paso, llama la atención. Son las dos agujas de un reloj y, al igual que sucede con los relojes, es el pequeño el que marca la hora.

—Mensajeros que no tienen ni idea de lo que transportan —se queja Kerber.

—¿Y qué más da? Nos piden que entreguemos un paquete una vez al mes —McHale golpea el sobre acolchado que hay encima de la mesa y la onda expansiva casi vuelca el servilletero—. Pues eso hacemos.

El grandullón también piensa en el deportivo, el *coche de empresa*, e incluso a él, que no es muy expresivo, se le dibuja una sonrisa en la cara. En realidad, desde que regresó de Afganistán, hace dos años, nada ha ido bien: su madre murió; su chica se largó. Solo a lo primero le concedió importancia.

Su familia ya no existe.

Pero ese coche...

El mes pasado lo aparcó en su garaje y se dedicó a visitarlo de madrugada. Al subirse en él, la vida parecía cobrar sentido: el olor del cuero, el tacto del volante y, sobre todo, el rugido del motor de ocho cilindros. Una melodía que aún sonaba en su cabeza cuando volvía a su apartamento y se acostaba.

El deportivo se ha convertido en la única razón para aguantar las paranoias de su compañero. Ambos se lo turnan desde que aquel japonés tan reservado les entregó la llave, junto con un rifle y munición (esos tíos van en serio), el día que firmaron su acuerdo. Custodia compartida. Por desgracia, en esta misión le ha tocado el asiento del pasajero. Además, Kerber se empeña en poner música, lo cual le resta interés al

asunto. Suelen ir escuchando discos de Prince, George Michael, Elton John y otros intérpretes del siglo pasado. Ray Kerber está chapado a la antigua. Solo le falta colgar en el retrovisor un ambientador con forma de pino.

Sin embargo, cuando conduce él, disfruta cada segundo. Sin radio ni gaitas. Se le encienden las pupilas al ver la aguja escalando números en el cuentarrevoluciones mientras el motor ruge y las curvas se convierten en rectas. En alguna ocasión, en la autopista, no puede evitar pegarse a la parte trasera de otro vehículo hasta rozarlo; perseguirlo, ponerse a su altura sin llegar a adelantarlo, volver a colocarse detrás. Le encanta ver el rostro angustiado del conductor, sentir su miedo. Luego, harto ya de jugar al gato y al ratón, toma una salida y desaparece. A su compañero no le hacen gracia sus juegos. Al obsesivo Kerber no le hace gracia nada que se salga de su esquema mental de orden perfecto.

—Mitch, ¿estás aquí o en Iowa? Tenemos un problema. Y los problemas no desaparecen si los ignoras.

McHale piensa que su compañero vive quemándose en una olla de ideas.

—El único problema es que le das demasiadas vueltas a las cosas —dice.

Kerber niega con la cabeza.

—Voy a dejarlo. Tendrás que apañártelas sin mí.

—Te recuerdo que firmamos un contrato.

En efecto, lo firmaron, y se arrepiente. No debería haber incluido a McHale: actúa como un niño; no sigue las normas. Habían trabajado juntos en una empresa de seguridad y

cuando el chico volvió de Afganistán le pidió ayuda, algo para ir tirando, porque el sueldo del ejército no daba para muchas alegrías. Él le concedió una oportunidad. En mala hora.

—¿Un contrato? —cuestiona Kerber—. Una hoja llena de siglas extrañas y nombres falsos firmada por alguien que decía representar a alguien. He buscado información de la empresa y ni siquiera consta en el Registro. ¿Y sabes lo que hay en esa dirección? Una lavandería. ¿Llevamos paquetes al desierto para que los laven? —bebe un sorbo corto y se limpia los labios con una servilleta que previamente ha doblado—. No lo creo.

McHale se agita en el asiento y golpea la mesa con la rodilla. Dos gotas negras escapan de la taza y salpican la cesta de sobres de azúcar.

—¿Y por qué ahora? Llevamos dos años haciendo esto.

Kerber se inclina y su voz se convierte en un susurro.

—Porque nos vigilan, Mitch. He encontrado micrófonos en mi casa.

Es cierto que los vigilan. Lo que ignora Ray Kerber es que la *empresa* que los contrató no necesita ocultar micrófonos para escuchar sus conversaciones —cualquier teléfono móvil, como el que descansa en la mesa, podría servirle—. Ha sido su pareja, Dave Pinetti, quien los ha colocado. No entiende que Kerber desaparezca una vez al mes sin dar explicaciones.

El celoso de David Pinetti.

McHale sonrío y no dice nada, lo cual no sorprende a Kerber. A la mole que tiene por compañero podría estar hirviéndole la sangre y seguiría riéndose. Sin decir nada. Así que Kerber espera a que abra la boca. Tarda un rato.

—¿Has hablado con Kohlschreiber?

—Fui al restaurante a buscarlo. El encargado dice que allí no ha trabajado ningún Kohlschreiber. «¿Kohlschreiber?», pregunta. «Parece alemán. Aquí solo trabajan japoneses». «Era japonés», le digo. Y me contesta: «No, Kohlschreiber no japonés».

—¿Lo has llamado al móvil?

—Veinte veces. Nada. Tampoco responde los mensajes —se acerca la taza a los labios, la aleja sin llegar a beber—. Hoy mismo me mudo, Mitch. Se acabó.

—¿Y qué le vas a contar a Dave?

—Le voy a contar que nos vamos. Fin de la historia. Si no está de acuerdo, que le den.

McHale termina el café. Se le ha quedado un bigote marrón. Se relame. Se limpia con la manga. Le da la vuelta al sobre de azúcar y busca el título de la película.

—*Conocerás al hombre de tus sueños* —murmura. Pone cara de no querer conocer a ningún hombre. Y de soñar, lo justo. Luego se dirige a su compañero—: Sean quienes sean, no les va a gustar que lo dejes.

—Me da igual. No quiero que me espíen. Si no confían en mí, no confío en ellos.

—¿Y ahora qué? ¿A esperar a que se te acerque un asiático vestido de camarero en un restaurante y te ofrezca un trabajo? No te veo esperando en la cola del paro, la verdad.

Kerber recuerda aquel día. Nunca le pareció casual que un tipo le hubiese ofrecido un trabajo de conductor a un conductor habituado a guardar y entregar sacas de dinero.

Lo estudiaban. Conocían su pasado y quieren conocer su futuro.

—Puede que vuelva a lo de antes.

—¿Al furgón blindado?

—Sí.

—¿Y arriesgarse a que te atraquen cinco tipos con caretas de expresidentes? No merece la pena dar la vida por custodiar la pasta de los ricos.

—Ya. Es preferible dar la vida por complacer los caprichos de un miserable con una careta de sí mismo.

McHale digiere lentamente las palabras.

—Solo digo que yo no volvería —afirma. Deja un par de billetes en la mesa y se levanta—. Dame la llave, Ray. Vamos a soltar un poco de adrenalina.

Kerber duda un instante antes de rebuscar en el bolsillo y sacar un mando rectangular del que surge una llave, como una navaja automática.

—¿No estarás pensando en *eso*? —dice.

Una pregunta innecesaria. Sabe muy bien lo que está pensando su compañero. Le lanza la llave. McHale la atrapa en el aire. Se ríe. No dice nada.

El muy cabrón.

Esta vez la persecución le ha dejado mal sabor de boca. Estaba en la autopista a punto de golpear la parte trasera de un vehículo cuando su conductor, lejos de asustarse, ha acelerado y acto seguido ha clavado los frenos con tal violencia que dos líneas negras han quedado marcadas en el asfalto. McHale también ha frenado, deslumbrado por los ojos rojos del mismísimo diablo, y lo ha esquivado como ha podido. Después ha visto por el retrovisor esa maldita caja de zapatos cruzar tres carriles en diagonal y tomar un desvío que él ya se

había pasado. Bien es verdad que el tipo era un hueso, pero lo habría encontrado tarde o temprano si no hubiese sido por la perorata de Kerber sobre la importancia de no poner en peligro las misiones. Kerber tampoco ha disfrutado. Se ha cabreado y le ha pedido que lo deje en casa. Incluso ha dado un portazo al bajarse, como si el coche tuviera la culpa. Ahora McHale imagina a su compañero comprobando cada centímetro cuadrado del comedor en busca de más micrófonos y no puede evitar una carcajada.

Abandona la autopista en la salida de la vieja mina, pasa la gasolinera y avanza unos kilómetros por el camino polvoriento hasta llegar a la cabina. Entonces apaga el motor, coge el sobre, se apea y comprueba el rifle, escondido en el doble fondo del maletero.

Todo está callado y ni el viento se atreve a toser.

Entra en la solitaria caja de cristal. Mientras marca el código, tararea una cancioncilla que su madre le cantaba de pequeño, cuando terminaban los gritos y oía a su padre, el hombre de los ojos vidriosos, alejándose por el pasillo. Por alguna extraña razón, siempre se acuerda de esa canción al encerrarse en la cabina.

Serpiente de cascabel
subida en un escabel
que reptá y me retá;
intenta una treta.
Valiente es
la serpiente de cascabel.

Espera unos segundos. Ve pájaros negros en el cielo. Más abajo, la línea del horizonte, una panorámica del infinito. La inmensidad cobriza.

De repente tiembla el suelo y un eco metálico se pierde por el desierto.

Mitch McHale se hunde en las entrañas de la tierra.

Siete minutos después se abre la plancha metálica que es el suelo de la cabina. McHale asoma la cabeza al exterior y lo ve. No es un espejismo. Están a dos metros el uno del otro. Se miran y no dicen nada durante unos segundos. Resulta bastante improbable que un intruso se presente allí, pero en cualquier caso sabe cómo debe actuar con los intrusos. El tipo echa a correr. McHale lo reconoce (es el cabronazo de la autopista), sale del agujero, abre el maletero y empuña el rifle. Aprieta dos veces el gatillo. Falla. Entonces se mete en el deportivo y patea el acelerador. Calcula que podrá atropellar al tipo antes de que consiga refugiarse en su coche, pero resulta que este tiene la ventanilla bajada y el intruso salta al interior con la agilidad de un atleta olímpico. El deportivo pasa rozando el cuerpo y hace un trompo para dar la vuelta. Se queda parado. La nube de polvo le impide distinguir a su enemigo. Allí está, una mancha azul en la lejanía. El grandullón acelera. Sonríe sin decir nada.

Comienza la carrera por el desierto. McHale saca el rifle por la ventanilla. Yerra otro par de tiros y suelta una maldición. Piensa que de haber nacido zurdo ya le habría reventado una rueda, los cristales, la cabeza. Vuelve a disparar y la luna trasera del utilitario estalla; luego, le acierta a un neumático.

El intruso pierde el control del coche, que se desvía a un lado y se queda atascado en un montículo. Ve al tipo huir a pie hacia una cabaña, justo detrás de la gasolinera.

McHale se detiene y apaga el motor. Se relame. Baja del deportivo con el rifle en la mano. Canturrea:

Serpiente de cascabel
subida en un escabel
que reptar y me repta;
intenta una treta.
Valiente es
la serpiente de cascabel.

Prólogo (2)

«El pasado es un prólogo»

WILLIAM SHAKESPEARE

El primer disparo destrozó la luna trasera y el segundo reventó una rueda. Rodé cuanto pude con la llanta desnuda, pero a cincuenta metros de la gasolinera perdí el control y el coche hundió el morro en un terraplén. Salí corriendo y me refugié en la cabaña; sé que más lejos no habría llegado. Eché el cerrojo de la puerta y desde la ventana observé al hombre. Ya se había bajado del coche y venía hacia mí con un rifle en la mano y el gesto tranquilo de quien no se plantea perder un duelo.

Necesitaba algo de tiempo para pensar. Me escondí en el armario del dormitorio y abrí una pequeña rendija. El tipo apareció al otro lado de la ventana; su mano en la frente como una visera, inspeccionando la habitación. Me pisoteó el huerto. Se notaba que no tenía modales.

Tuve una idea. Cerré los ojos e imaginé al pistolero rodeando la cabaña. Solo podía entrar por un sitio. Conté hasta cinco y oí el disparo que voló la cerradura. Entonces abandoné el armario, agarré la raqueta que me había regalado Sully y fui a su encuentro. Asomé el cañón del rifle por el umbral de la puerta. Golpeé con todas mis fuerzas el bulto que avanzaba

y sonó como si reventase una pelota. Derecha, derecha, revés. El marco se partió. El hombre cayó al suelo, bocarriba. De su cabeza manaba sangre abundante.

Dejé caer lo que quedaba de la raqueta, que ahora parecía un ramo de cuerdas tiesas, y de un puntapié alejé el rifle hasta el fondo de la cabaña. Entré en el aseo y me agaché para beber agua del lavabo. No era sed lo que tenía, pero bebí durante un buen rato. Cuando volví a la puerta el hombre no estaba. Había sangre y astillas por todas partes.

Apareció de repente —no sé de dónde salió—, tambaleándose. Me agarró del cuello con las dos manos. Era un tipo enorme; apretaba con fuerza. Vi sus ojos desbocados; el resto, una máscara de sangre. Le clavé el tacón de la bota en el pie y conseguí soltarme. Me dirigí al lavabo. Me empujó. Caí.

Apoyé la mano en el inodoro para incorporarme mientras él me sujetaba una pierna. Le pateé la cara con la otra. Eso me dio un segundo. Arranqué la tapa de la cisterna y la estrellé en su cabeza. Una vez. Dos veces. A la tercera, la tapa se partió por la mitad. Le golpeé una cuarta vez con el pedazo que me había quedado en la mano.

Me quedé sentado más de una hora en el inodoro, recuperándome, sin soltar el trozo de cerámica, sin dejar de mirar el enorme cuerpo que yacía en el suelo.

Pero ya no se movió.

El deportivo arrancó a la primera. Lo detuve en la puerta de la cabaña (o lo que quedaba de ella), pulsé el botón de apertura del maletero y me bajé sin apagar el motor. Saqué una pala del arcón de las herramientas y la apoyé en el vehículo.

Entré de nuevo en la oscuridad de mi refugio para quitarme las botas y calzarme unas zapatillas de deporte; a continuación, fui al baño, me cargué el cadáver al hombro y cogí el rifle con la mano que me quedaba libre. Dejé caer el pesado cuerpo en el maletero. Le eché encima la pala y cerré el portón.

Me metí en el coche, puse el rifle en el asiento del acompañante y me dirigí a la vieja mina.

Saqué la pala del maletero, me quité la camiseta y en una hondonada al otro lado del camino cavé un hoyo no demasiado profundo. Arrojé dentro el cuerpo y volví a cubrir el hoyo.

Me sequé el sudor de la frente con el antebrazo. Me puse de nuevo la camiseta y dejé la pala y el rifle escondidos en el doble fondo del maletero. Luego arranqué el motor y, avanzando muy despacio, oculté la parte delantera del vehículo en la entrada de la mina. Allí, a salvo del sol, reinaba un silencio sepulcral. Me bajé por la puerta del pasajero —puesto que la del conductor había quedado muy cerca de la pared de piedra— y busqué ramas y arbustos en los alrededores con los que cubrí la parte trasera, hasta que ni yo mismo fui capaz de distinguir el color rojo ni los brillos de las partes cromadas.

Empecé a caminar por el desierto. Aceleré el paso. Un trote suave. Noté la sangre fluyendo por mis venas. Corrí. Correr seguía siendo tan duro como hermoso.

La siguiente parada era la cabina.

Miré detenidamente la plancha metálica. Me agaché y palpé los bordes en busca de algún mecanismo que pudiera abrir la trampilla. No lo encontré. Llegué a dudar de mis recuerdos, pero las alucinaciones no disparan. No era mi imaginación lo que yacía bajo la tierra del desierto. Sin embargo, ese silencio tan puro... Una gota de sudor cayó sobre el metal. La prisa agitaba mis ideas. Me puse en pie. Habría querido, como Bradley Cooper en aquella película, tomar una pastilla mágica y decidir con el mismo acierto que el más sabio de los hombres. Me acordé de Sully. ¿Qué me habría aconsejado él?

Su voz me serenó. No debía sentir culpa por matar a quien había intentado matarme. Tenía que volver a la gasolinera. Olvidar todo lo que había sucedido. Puede que, de ese modo, no hubiese sucedido nada. Al fin y al cabo, ¿qué me importaba a mí lo que se escondiese debajo de una cabina perdida en mitad de ninguna parte? Bastaba con arreglar la puerta de la cabaña, limpiar las huellas de la pelea y reparar los desperfectos de mi coche. Si nadie me había visto, nadie me buscaría.

Prólogo (3)

«En algún sitio algo increíble espera ser descubierto»

CARL SAGAN

Me encaminé hacia donde se había estrellado el coche e intenté arrancarlo, pero no lo logré. No podía moverlo desde la parte trasera, pues el montículo de arena habría impedido que el coche avanzara, así que la única solución era hacerlo retroceder. Puse la palanca de cambios en punto muerto, me situé en el espacio que quedaba entre el parachoques delantero y la pared de tierra, apoyé en ella ambos pies y, colocando las manos sobre el maltrecho capó, empujé con toda mi energía.

El coche se desplazó ligeramente cuando yo apenas aguantaba la respiración. Temí quedarme sin fuerzas antes de haber superado el bache en el que estaban hundidas las ruedas, pero entonces noté que el coche salvaba el obstáculo y adquiriría cierta velocidad. Rodó unos metros hasta que se inclinó hacia un lado y la llanta desnuda se clavó en el terreno. Se quedó detenido en mitad de la llanura.

Saqué el neumático de repuesto y sustituí la rueda dañada. Después me senté al volante y giré la llave. No hubo reacción. Me bajé y abrí el capó. La batería estaba volcada hacia un lado y algunos cables se habían soltado y colgaban

en el vacío. Coloqué la batería en su sitio y conecté los cables. Giré otra vez la llave. El coche arrancó.

Conduje hacia la cabina.

Entré y la observé con detalle. Todo seguía igual. Descolgué el auricular. Vi un número escrito: 760 733 9969. Pulsé algunos botones, con poca fe. Entonces me fijé en los adhesivos del cristal: indicaban la forma de establecer una llamada de emergencia. Marqué el código y no sucedió nada. Me agaché y examiné una vez más la plancha metálica. A continuación, salí y rodeé la cabina, prestando atención a cualquier detalle. Fue inútil. Desanimado, volví al coche y contemplé el desierto que ardía en un silencio ensordecedor. Esperé un minuto, dos, tres, sin saber por qué esperaba, hasta que decidí regresar a la gasolinera.

Llevaba recorridos quinientos metros cuando una idea fugaz giró mi mano en el volante y me devolvió a la puerta de la cabina.

Las letras diminutas del pequeño cartel indicaban el proceso de marcación, aunque habría necesitado una lupa para distinguir bien lo que ponía: «Marque el código 700 para realizar llamadas de emergencia». Ya había probado a introducir ese código, en vano. Sin embargo, en el coche me asaltó una lógica infantil: si 700 era el código para llamadas y la cabina solo podía recibirlas, ¿qué ocurriría si marcaba el código al revés?

Marqué 007 y al instante se produjo un sonido hidráulico que hizo temblar la cabina. Di un paso atrás, esperé desde el terreno polvoriento mientras la plancha se abría como una escotilla.

Fui al coche, cogí una linterna y me asomé a la oscuridad.

Allí

a

b

a

j

o

hay otra puerta y no he podido cruzarla.

Aunque no voy a rendirme.